

CHINA, VEINTE AÑOS DE LABORATORIO PERMANENTE *

Hace veinte años, el 1 de octubre de 1949, Mao Tse Tung proclamaba la República Popular China en Pekín. Meses después, sólo Formosa (Taiwán) y algunas pequeñas islas quedan bajo el control de los nacionalistas. «El Ejército rojo realizó en 1949 una hazaña única en la historia militar mundial: conquistar un país inmenso a paso de marcha, a una velocidad media de diez kilómetros diarios, desde Mukden, ocupado el 8 de noviembre de 1948, hasta Cantón, tomado el 15 de octubre de 1949», escribió el general Chassin.

El general Barr, jefe del grupo conjunto de consejeros militares de Estados Unidos cerca del Gobierno del Kuomintang, en 1948 había calificado a éste como «el peor liderazgo del mundo». Un político chino que intentó reconciliar nacionalistas y comunistas subrayó que Mao había triunfado «no a causa de los méritos del comunismo, sino porque el régimen de Chiang Kai Shek estaba podrido hasta las raíces».

Con la nueva situación parecía que por vez primera desde hacía múltiples generaciones el pueblo chino podría encontrar estabilidad y justicia. La historia de esos veinte años es la de una revolución oscilante, pero profunda, al frente de la cual siempre ha estado el mismo líder. Mao Tse Tung es un raro caso de conjunción de un gran hombre de acción y un gran ideólogo. En su país, teoría y *praxis* se conjugan y atropellan, tejiéndose y destejiéndose dentro de la Revolución china. Un gran especialista de China comunista, Stuart R. Schram, al que citaré reiteradamente, ha sintetizado así la tremenda complejidad de esta época: «Si uno tuviese que resumir la evolución de la política china desde 1949, y más particularmente desde 1958, podría describirla como la exaltación progresiva de la voluntad humana sobre el análisis racional de los hechos».

* Este artículo fue publicado en "Índice", núms. 255 y 256, de 1 y 15 de octubre de 1969.

Marxismo, pero marxismo asiático.

«El gran logro de Mao Tse Tung ha sido cambiar el marxismo de una forma europea en una forma asiática», declaró Liu Shao Chi, uno de los grandes del comunismo chino, en una interviú en 1946. Para una «ciencia» que se pretende universal, como es la marxista, tales palabras podrían parecer sospechosas o culpables. Pero era el propio Mao quien solía repetir: «En China y bajo las presentes circunstancias...»

Cuando en 1940 elaboró su «Nueva Democracia», Mao siguió la doctrina ortodoxa, acordada en 1928 en el VI Congreso de la Comintern. Refiriéndose a países como China, decía que «la transición a la dictadura del proletariado será sólo posible a través de una serie de etapas preparatorias». Tampoco la «Nueva Democracia» pensaba que la dictadura del proletariado fuese posible ni deseable. Su programa no era ni «trabajadores de todo el mundo, uníos», ni «soviets de soldados, obreros y campesinos», sino «campesinos, obreros, pequeños burgueses y capitalistas nacionales» («gobierno de las cuatro clases») bajo la dirección del Partido Comunista.

Lo que resulta irrefutable es eso: que la Revolución rusa fue *proletaria* (con apoyo masivo, pero ulterior de los campesinos) y la Revolución china fue *campesina* sin apoyo proletario. La primera irradió de las ciudades al campo; la segunda asaltó las ciudades desde el campo (tras una dramática experiencia en las montañas). El Mao triunfante preservó las apariencias, centrando su poder en las ciudades desde que le fue posible, y así lo interpreta en su filosofía política. Pero el campesino es y sigue siendo «el personaje central de la Revolución china». Esta sería su característica esencial.

El Partido Comunista chino cuenta con algo más de 17 millones de miembros, pero no lo constituyen primordialmente «masas obreras», sino estudiantes y soldados licenciados (en su mayoría campesinos).

La Rusia de 1917 y la China de 1949 tenían un sustrato histórico-cultural y una estructura económico-social lo bastante distintos para que sus revoluciones resultaran divergentes a la larga.

Los primeros años.

El nuevo régimen se inauguró con un «gobierno de coalición» con un «programa común», aunque fuese obvio dónde residía el poder real. La U. R. S. S. dejó entender que el «Estado democrático popular» chino era de un tipo más primitivo que las «democracias populares». Entre ambos modelos habría una serie de diferencias, pero el tiempo demostraría que eran bastante teóricas. Así, el «gobierno de las cuatro clases» llevaba explícita la posibilidad de «educar y reformar» a los no comunistas, incluidos los elementos burgueses, en el socialismo. Pese a ciertos parecidos internos, Mao proclamó el «camino separado», que Stalin habría considerado inadmisibles para su *glacis* europeo comunistizado, y más tras la deserción de Yugoslavia. China nunca sería un «satélite» de la U. R. S. S.

En 1951 Mao desencadenó la campaña de los «tres antis» (contra la corrupción, el despilfarro y la burocracia), a la que siguió la de los «cinco antis» (contra el soborno, evasión fiscal, fraude, robo de la propiedad estatal y traición en secretos económicos). También inauguró la campaña contra los «contrarrevolucionarios», que liquidó virtualmente toda la burguesía nacional, a pesar de la declarada intención de «reformularla». Otra campaña fue para la «reforma del pensamiento» de los intelectuales. Todo ello se proponía remodelar el alma y el pensamiento de la sociedad china.

En 1954 fueron definidas las cinco tareas del Gobierno: unir el pueblo chino, ganar el apoyo de sus amigos en todas las naciones, construir un gran Estado socialista, defender la paz e impulsar el progreso humano. La política sin sobresaltos en el interior y el final de los conflictos coreano (1953) e indochino (1954) y la Conferencia de Bandung (1955) en el exterior daban a entender que dichas tareas podrían realizarse, pero años después las cosas comenzaron a discurrir distintamente con la política del «gran salto adelante» y la guerra de Vietnam (y con la constante de la espina de Formosa en el flanco), para terminar con el *sprint* final de la «revolución cultural». Tales objetivos, pues, están en desigual grado de formalización, y algunos hasta quedan más distantes que cuando se definieron. El «telón de bambú» se ha hecho más impenetrable que el «telón de acero» en sus peores momentos.

La frustrada promesa de las «cien flores».

Tras el triunfo de la revolución, Chu En Lai escribió personalmente a muchos intelectuales chinos exiliados, apelando a su patriotismo para que regresaran y pusieran sus conocimientos al servicio de su país, cualesquiera que fueran sus reservas acerca del comunismo o del partido. No obstante, cuando se desencadenó la campaña de la «reforma del pensamiento» no pocos optaron por marcharse de nuevo.

Los intelectuales, en un sentido amplio, buscaban certidumbre, estabilidad y afirmación de la identidad china. La esencia de la campaña reformista era la «experiencia de la identidad-destrucción y la identidad-reconstrucción», así como reconciliar la espontaneidad con la disciplina. La *intelligentsia* chocó constantemente con la burocracia, incluso a nivel local.

En 1957, Mao pronunció su célebre discurso de las «cien flores» y las «cien escuelas de pensamiento», apuntando una posibilidad liberal en lo cultural y en lo político. Muchos intelectuales aprovecharon la oportunidad para manifestarse. Las «flores» y las «escuelas» se marchitaron pronto. Es probable que la apertura la realizara Mao en la creencia de que los posibles disconformes del régimen serían sólo residuos inofensivos, pero se equivocó. La prensa china no lo interpretó así, pues partía de la base de la infalibilidad de Mao. Por tanto, habría ocurrido que éste provocó a la oposición para que se manifestara y así descubrirla y neutralizarla. Que Mao apreciara mal la situación es una interpretación más sostenible. Y menos siniestra.

A partir de ahora, 1958, las cosas se endurecerán súbitamente. Mao tenía prisa. Había que quemar etapas. La economía tenía la palabra. Había que empujarla.

El gran salto en el vacío.

El primer plan quinquenal (1953-57) fue un éxito relativo. En 1959 se quiso forzar la marcha. Liu Shao Chi inauguró la política del «gran salto adelante», que se centró en la formación apresurada de comunas y en la fabricación masiva, pero dispersa, de acero, proclamando igualmente la «teoría de la revolución permanente» (rehabilitando así la expresión trotskista, pero no la concepción trotskista, que sigue siendo tabú).

El paroxismo se hizo ley de vida, y el «utopismo», contagioso. Por

poco la nación no va a la catástrofe, pues a los malos planteamientos se sumaron tres años de cosechas deficientes y, a partir de 1960, la retirada de los técnicos rusos (¿Temía Rusia más el éxito que el fracaso del inmenso experimento?). Importaciones masivas de grano y un racionamiento implacable y eficiente evitaron el colapso. El propio entusiasmo de Liu Shao Chi se apagó. Mao tomó nota. Pero en 1958 Liu había sucedido en la presidencia a Mao, cuya retirada aún no se explica.

Dijo Mao por aquel entonces que «muchos ejemplos vivos muestran que hay sólo pensamiento productivo, no hay regiones improductivas»; es decir, que no hay «tierras pobres», sino «pobres métodos de cultivo». Como alguien observó, Stalin acarició la idea de transformar desiertos en jardines, pero nunca sugirió que no existiesen desiertos. En el mismo año de 1958, unos campesinos componían estos versos:

*Levantar una comuna popular es como ir al cielo.
Los logros de una sola noche sobrepasan los de varios milenios.
El afilado cuchillo corta las raíces de la propiedad privada,
abriendo una nueva era histórica.*

Sin embargo, Mao concebía—o concibe—pensamientos muy razonables, algunos de los cuales no tendría inconveniente en aceptar William James o tal vez Santo Tomás de Aquino: «Nosotros somos marxistas, y el marxismo enseña que en nuestra aproximación al problema debemos comenzar por hechos objetivos, no definiciones abstractas, y que debemos derivar nuestros principios, políticas y medidas guías de un análisis de esos hechos» (mayo 1942).

O bien ese otro, incluido en «Nueva Democracia»: «No somos vanos idealistas, no podemos separarnos de la realidad de las condiciones que vemos ante nosotros».

En fin: «En este mundo, las cosas son complicadas y se deciden por múltiples factores. Debemos mirar los problemas desde diferentes aspectos, no desde uno solo» (octubre 1945).

Pero lo que Mao puede dar, Mao lo puede quitar.

Como dice Schram, comentando el «gran salto», la realidad es insustituible. Imprimir más «rojez» a las fórmulas maoístas no puede ser sustituto de más «pericia». Pero hacer concesiones a los imperativos iría contra el carácter y personalidad ideológicos y belicosos integrales de Mao. «Su solu-

ción fue dramatizarlo todo, la investigación científica inclusive, en términos políticos».

El conocido escritor Hu Feng fue condenado por «derechista» en 1955. Cuatro años antes había osado referirse a los elementos «criptofeudalistas» del Partido Comunista chino. Tales elementos constituían su núcleo. Eran los supervivientes de la «larga marcha» de los años treinta, «que tratan de industrializar el país mediante 'cargas de caballería', que tratan a los doctores en ciencia como botones (...) y que creen que los habitantes de una cuarta parte del globo pueden ser reunidos para fabricar acero o alfabetizarse o cambiar su moralidad a toque de corneta, a grito de *slogan* y con la lectura de sermones» (Dick Wilson).

El «romanticismo militar» del temperamento guerrero de Mao le hace plantear todos sus problemas en tales términos, incluso dar la batalla «en el frente del hierro y del acero». La guerra sería la aventura suprema y la suprema prueba de la voluntad humana. No es único pensando así.

Pero «la tarea fundamental para crear una nación—como ha subrayado el profesor Alan P. L. Liu—no es la llamarada del entusiasmo, sino el esfuerzo persistente, sostenido». Esto «se alcanza con el profesionalismo. El desarrollo del profesionalismo moderno pone los cimientos de la institucionalización social. La manipulación de las masas opera en contra de la institucionalización. No es sorprendente que Mao desconfíe del profesionalismo, porque a cargo de los profesionales modernos corre principalmente la responsabilidad de la institucionalización». Por supuesto, Mao reconoce la importancia de la organización, pero la considera un medio, sin más. Por eso puede sustituir—o destruir—una organización si no se adecúa a su nueva finalidad, como si fuese una mera técnica.

La apoteosis del voluntarismo maoísta se alcanzó con la teoría de la revolución permanente: «Los hombres no son esclavos de la realidad objetiva. Sólo con que la conciencia de los hombres esté en conformidad con las leyes objetivas del desarrollo de las cosas, la actividad subjetiva de las masas populares puede manifestarse plenamente, superar todas las dificultades, crear las condiciones necesarias y llevar adelante la revolución». En este sentido, «lo subjetivo crea lo objetivo». Paradójicamente, pues, el *economismo* sería repelido por el vil materialismo o fatalismo que implica; pero si lo que lo sustituye conduce al fracaso no se llamará *aventurismo*, ni la marcha atrás a que dará lugar *capitulacionismo*. Esos epítetos sólo los utilizará Mao contra los soviéticos.

En China, el secreto por el secreto es la manía máxima aun para las cosas mínimas. Las estadísticas dicen poco, pero cuando dicen algo despistan a las propias estimaciones oficiales. «Las cifras brillantes son un trozo de brillante poesía», exclamó un delegado chino en la época del «gran salto».

La demografía galopante.

Sigue desconociéndose a ciencia cierta la cuantía de la población china, pero se acepta la cifra de 800 millones. El incremento anual es de 15-18 millones, o sea, una tasa de crecimiento de 2,2 por 100. Eso supone una «contrarrevolución malthusiana» que anula muchos de los logros de la revolución. En los dos primeros planes quinquenales, la explosión demográfica ha superado el número de puestos de trabajo creados. A tal ritmo, la población de China podría elevarse a 1.800 millones a fin de siglo.

Para el marxismo (pero no sólo para él), el hombre es el mejor capital. Mao declaró que «cuando un hombre viene al mundo trae dos brazos, y dos brazos pueden alimentar a cinco personas». ¿Por qué no a treinta o cuarenta, como en U. S. A.? Todo el problema reside en el *take-off*, en el despegue; de lo contrario, el que llega a ese mundo de lágrimas pesa más como un pasivo que como un activo.

La política demográfica ha sido inconsistente. Malthus y Marx tienen un pleito pendiente, y para países como China parece que Malthus es más real que su contrincante. En todo caso, en 1956 y 1957 se permitió tratar públicamente por vez primera el problema de la población, pero cortóse con la radicalización del año siguiente. Retrasar el matrimonio, haciendo constar las virtudes revolucionarias que ello supone, desde luego, es la única campaña sostenida ante un magno problema que ni siquiera se quiere plantear seriamente. Las actitudes tradicionales—«Almacenamos el grano contra el hambre, igual que creamos hijos para nuestra vejez»—se han yuxtapuesto al credo marxista antimalthusiano. Pero el resultado final clama por un revisionismo.

China, un desafío histórico.

Es notorio el grado de contradicción (más que de incoherencia) en el pensamiento de Mao Tse Tung. El mismo debe de reconocerlo, porque ha

sometido los textos incluidos en sus *Obras selectas* a profundas y numerosas revisiones, hasta el punto de que *ni una frase es de fiar*, tan irreconocibles son respecto a la versión original. Muchos de sus escritos y discursos son producto de las circunstancias coyunturales. En definitiva, China se configura como el principio y fin de muchas cosas.

El propio Sun Yat Sen, padre de la revolución china de principios de siglo, hizo constar: «Lo que necesitamos aprender de Europa es ciencia, no filosofía política. En lo que respecta a los verdaderos principios de la filosofía política, los europeos necesitan aprenderlos de China».

Mao, su admirador, dijo en 1938: «No debemos cortar con nuestro pasado histórico total. Debemos hacer un resumen de Confucio a Sun Yat Sen y preservar esa preciosa herencia». Pero en otra ocasión dirá: «El problema es completamente claro. Deseamos erradicar la vieja cultura china; ella es inseparable del antiguo gobierno chino y del antiguo sistema económico chino. Intentamos establecer una nueva clase de cultura nacional china»

China se ha definido más como una cultura que como una nación. La interpretación de su historia plantea dificultades para los intelectuales marxistas chinos. Sus colegas soviéticos se inclinan por 1840, año de la guerra del Opio, como punto de arranque de *China como nación*. Los chinos la prefieren más antigua, pero lo explican mal por el hecho de que el capitalismo chino no comenzase o por lo menos no evolucionase hasta que establecieron contactos sostenidos con Occidente, no derivándose de una transformación de su feudalismo. Esta situación los hace inhibirse o ser ambiguos en una interpretación marxista de su historia económica.

Esto, como tantos aspectos de la realidad china, se ha ido adecuando con sólo centrar en China el campo de gravedad de nuevas fórmulas que pueden incorporarse a los cánones del repertorio marxista-leninista. «No es meramente que sean marxistas y chinos». La revolución cultural ha catalizado la tendencia de ver el mundo por el prisma chino—hoy maoísta—, como Norteamérica, no pocas veces sin cinismo, cree ver en su *way of life*, o cuando menos en su sistema político, la panacea para la felicidad de la ancha humanidad.

Con razón ha podido decirse, pues: «Hoy parece que estamos en el proceso de pasar del siglo de la incompreensión de Asia por Europa al siglo de la incompreensión de Europa por Asia».

La sorprendente política exterior.

Establecer las relaciones *reales* de Stalin con el Mao de la guerrilla, el Mao de la guerra civil y el Mao triunfador sería prolijo, pero lo que se sabe refleja cómo el viejo Kremlin cuidaba por encima de todo sus propios intereses, que Mao tuvo en cuenta, pero sin dejar de pugnar por salirse con la suya. Muerto Stalin, hasta se saldría de madre.

Mientras que U. S. A. habría deseado una China fuerte con Chiang Kai Shek a su frente, Stalin también habría preferido al régimen nacionalista —con mayor o menor acomodo con los comunistas—, pero como *mejor garantía de una China débil*. Todavía hoy no está claro quién provocó el repentino estallido de la guerra de Corea, es decir, si hubo manos extracoreanas que empujaran a Pyongyang a la aventura; pero si las hubo, la deducción y la lógica inclinan a pensar que estaban en Moscú y no en Pekín. China comenzaba a reorganizarse y reconstruirse, pero en otoño de 1950 se veía envuelta en la guerra, tras previos avisos de que iba en serio; una guerra que terminó en el verano de 1953 (cuatro meses después de la muerte de Stalin). Cuando estalló el conflicto, los americanos neutralizaron el canal de Formosa, una manera de decir que se garantizaba el régimen y ciudadela nacionalista, obstruyendo la unificación china y catapultando el pleito que se ha arrastrado hasta nuestros días, y en cuya resolución es obvio que Pekín no cejará. Entretanto, un país que representa una cuarta parte de la humanidad sigue viendo interceptado el camino de la O. N. U.

Sin embargo, tanto en Corea como en la guerra de Indochina, y luego en la de Vietnam, la política de la Ciudad Prohibida puede calificarse de conservadora. Es posible que el precedente coreano haya servido de escarmiento mutuo y preventivo, por parte de los americanos en poner un límite a la escalada, por parte china, en no tomarse demasiado en serio lo de los «tigres de papel».

¿Fue, pues, Stalin quien primero frenó las aspiraciones del comunismo chino y luego trató de llevarlo a una situación de peligro? Hay señales de ello, aunque se carece de documentación, pero en ocasiones los chinos han soltado indirectas que hacen pesar sombras sobre Stalin el «Intocable».

En 1955 China emergió como una pieza clave del «espíritu de Bandung» y de la «coexistencia pacífica», mostrando solidaridad con el anticolonialismo y comprensión con el neutralismo. Pero paulatinamente fue radicali-

zando el primer aspecto e interpretó desigualmente el segundo. Quizá en Bandung se dio un período de prueba con la esperanza de que los nuevos países emancipados serían revolucionarios y que con el tiempo se cumpliría su teoría de que en el planteamiento mundial, el «campo»—el mundo subdesarrollado de América Latina, Asia y Africa—se volvería contra la «ciudad»—el mundo desarrollado de Europa, Norteamérica y Australasia, que después incluiría a países comunistas «blancos»—. Esto no se cumplió. Túvose que precisar más aquella declaración de Mao en Moscú a comienzos de 1957, según la cual el «viento del Este» predominaría en adelante sobre el «viento del Oeste». Pero el conflicto que se inauguró en Moscú se simultaneó contra muchos de los nuevos países, incluidos algunos de sus amigos, apostrofados de *reaccionarios* y *neocolonialistas*.

En 1958 comenzaron a recalentarse las relaciones con Rusia y poco después saltaban al palenque público. Oficialmente, el discurso anti-Stalin pronunciado por Kruschev en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (febrero de 1956) ha suministrado, al menos retroactivamente, el inicio del enfrentamiento ideológico, a lo cual se ha añadido algo más trascendente y prosaico, como las reivindicaciones territoriales.

En política exterior decenas de hitos marcan la creciente desavenencia: la falta de apoyo en Quemoy y Matsu por parte soviética, así como su pasividad ante el desembarco americano en Líbano, en 1958; la doctrina china contraria a la de la «coexistencia pacífica» de Kruschev, aferrado Mao al dogma leninista de la «inevitabilidad de la guerra», pese a la aparición de las armas nucleares; el «espíritu de Camp David», nacido en 1959; la política rusa, aventurera primero y de retirada después, en la crisis de Cuba (1962) (a la que China contradujo atacando a India, para mostrar su línea); la ayuda que los rusos vienen prestando a la Unión India, gobernada por un Congreso reaccionario, mientras que cortó la ayuda que prestaba a China; en fin, la tranquilidad rusa ante las provocaciones americanas en Vietnam, etc. Todo esto ha sido potenciado por las virulencias de la Revolución Cultural, que han aislado todavía más a China.

Con todo, China ha sabido guardar su cabeza y aun actuar con cierto sentido de *Realpolitik*. Por ejemplo, Hong Kong, al alcance de la mano, se deja tranquilo porque es su primer cliente (aunque Macao sólo tiene la apariencia de la soberanía portuguesa); el antiindio Pakistán es objeto de atenciones, pese a ser más derechista que India, viéndose incluso con malos ojos las revueltas estudiantil y campesina que derrumbaron al régimen militar

de Ayub Khan; a los pocos meses de comenzar la «escalada» en Vietnam, Lin Piao escribe el famoso artículo *¡Viva la victoria del Ejército del Pueblo!* (en tanto que el luego denigrado derechista Liu Shao Chi abogaba por una intervención a la coreana), en el que subraya que cada pueblo debe conseguir su propia liberación armada. Por otro lado, la entrevista Chu En Lai-Kosiguin indica que ciertas sorpresas son posibles.

Las convulsiones chinas no han impedido que progresara el desarrollo de su arsenal nuclear. Aun así, China constituye un caso único en cuanto que se enfrenta simultáneamente con todos los enemigos de peso a la vez, provocando así cierta *entente* entre ellos, que, sin embargo, querría impedir. Su propio aventurismo la ha llevado a truncar el proceso de Indonesia y puede que provoque algo por el estilo en Camboya o Birmania.

Como ha escrito Robert A. Scalpino, «para comprender la actual política exterior china—su estilo, su empuje central y sus innatas paradojas—es preciso evaluar esas dos fuerzas mellizas de exclusivismo y universalismo que siguen conviviendo en incómoda relación en su seno. Constantemente mudando de forma y de peso relativo, estas fuerzas contribuyen a ofrecer una explicación central de la aparente inconsistencia de las perpetuas mudanzas de la política exterior china».

El éxtasis de la revolución cultural.

El VIII Congreso del Partido Comunista chino (1956) recortó el poder de Mao, el cual luego saldría algo debilitado de la fallida experiencia del «gran salto». Entre bastidores hubo durante años sus tira y afloja. Hacia 1965, Mao, ya recuperado, comenzó a tomar decisiones que llevarían a la Revolución Cultural. La «estrambótica naturaleza» de ésta aparece hoy más clara, por no decir clara del todo. Sin género de dudas, el fenómeno ha sido uno de los más sensacionales en la historia del hombre civilizado.

China se había recuperado del amargo paso del «gran salto». Puso a punto el tercer plan quinquenal (que empezó en 1966, con tres años de retraso). En 1963, Mao había hecho un llamamiento en pro de los «tres grandes movimientos revolucionarios»: lucha de clases, lucha por la producción y experimento científico como único método de prevenir un «cambio de color» en China.

A fines de 1965 Mao hizo partícipe de sus proyectos revolucionarios a

sus colegas más íntimos. Nombró a Peng Cheng alcalde de Pekín para que los dirija, pero entra en colisión con la esposa de Mao, Chiang Ching, y antes de que dé principio la Revolución Cultural es destituido. (La influencia de Chiang Ching, que ha sido desigualmente calibrada, en los momentos álgidos ha llegado a pesar fuertemente, desbordando o rompiendo esquemas del propio Mao. Ha supuesto la izquierda dentro de la ya extrema Revolución Cultural).

En mayo de 1966 reaparece Mao, tras medio año de retiro. Apoyándose en «la decisión de 16 puntos» adoptada por el pleno del Comité Central del Partido Comunista, el 18 de agosto, en un mitin monstruo celebrado en Pekín, Mao Tse Tung, flanqueado de Lin Piao y Chu En Lai (lo que indica cambios en los altos estratos), ordena el desencadenamiento de la Gran Revolución Cultural Proletaria. El *show* notatorio pone el broche de oro a su reaparición.

Son harto conocidas las hazañas de los Guardias Rojos y sus frenesíes iconoclastas, llevando a cabo sus actividades con un vandalismo organizado, siempre *Libro Rojo* en mano. La creación de los Guardias Rojos había sido insinuada más de dos años antes precisamente a la Liga de la Juventud Comunista china, infinitamente menos militante. Para evitar que el «Partido marxista-leninista» se convirtiera en «un partido revisionista o un partido fascista»—el «cambio de color»—era preciso «entrenar y educar a millones de sucesores que llevarán a cabo la causa de la revolución proletaria». Dirigiéndose a la juventud, dice un «pensamiento» de Mao: «El mundo os pertenece, el futuro de China os pertenece». Sólo en cierto modo podríamos considerar la Revolución Cultural como un *Kulturkampf* de inmensas proporciones, porque si en un sentido fue un motivo, en otro fue un pretexto.

Hubo que esperar a 1966 para que en China se cumpliera el sino de toda revolución, el de devorar a sus autores. Las purgas en el Partido habían sido mínimas hasta entonces, con muy pocos personajes de gran relieve. Los ataques a Wu Han, vicealcalde de Pekín, en noviembre de 1965, fueron el prelude definitivo de lo que se avecinaba. En plena convulsión, en abril de 1967, comenzó la campaña abierta contra Liu Shao Chi, «el Kruschev de China», contra su influencia ideológica. Liu resultó ser el quid de la cuestión. En octubre de 1968 se le calificó oficialmente de «hombre ruin, renegado y traidor» y se aprobaron las bases para lograr una Constitución del Partido Comunista a imagen y semejanza de Mao. El mes antes los «Comités revolucionarios» habían acabado de establecerse en la última provincia

china. Liu dimitía de la presidencia de la República *ahora*, a pesar de que había sido destituido del cargo el año anterior. Después, la Revolución Cultural fue apagándose.

Eso demuestra que el torbellino de caos canalizado, seguramente lo más curioso que políticamente registra el siglo, ha sido la palanca con que Mao ha desplazado a sus enemigos y reafirmado su propia omnipotencia. Se quiso sostener que Mao estaba preparando el país con vistas a una guerra con U. S. A., pero de ser ello así se explica mal que provoque un desbarajuste de la economía (que vio descender la producción) y encima se enzarce en sangrientos incidentes fronterizos con la Unión Soviética. Tampoco esta «cruzada ideológica» y esta «exuberancia de espíritu antirrevisionista (...) contra insuficiencias revolucionarias y actitudes y símbolos prerrevolucionarios» pueden explicarse por un mero prurito «cultural». Culturalmente, hoy, China, desde el punto de vista creativo, sufre de un empobrecimiento mayor que el de Rusia en los más oscuros tiempos stalinistas.

La incitación a la «rebelión» sistemática e indiscriminada contra toda autoridad establecida (excepto la de Mao, claro) ha revelado ser una fase intensa, pero momentánea, pues se hace del todo inconcebible que se pretendiera suprimir los resortes del Estado o del Partido sin idear nada para reemplazarlos. Mao ha dado más beligerancia a las masas que Lenin, pero de ahí a que crea en la democracia espontánea hay mucha distancia. Ha humillado pública y reiteradamente a los dirigentes destituidos, pero *no los ha liquidado*, como Stalin. La acción de masas, con su núcleo de unos veinte millones de jóvenes, es la que ha «purgado», no la policía secreta.

Evitar la «fossilización burocrática» ha sido el motivo confesado de todo el proceso, además del magno problema «ideológico», pero es poco probable que la combinación de fanatismo y violencia callejera sea un sustitutivo como forma de gobierno. La experiencia demostraba que los Guardias Rojos tendían a crear su propia burocracia, que a su vez era atacada por otro grupo de guardias. En todo caso, Mao habría permutado una fossilización por otra, la de su «pensamiento». La burocracia es la plaga de cualquier sistema político moderno, pero en una estructura comunista lo es más.

La confusión llegó a ser de fábula. Un editorial del *Diario de Tsingtao* decía el 6 de diciembre de 1968: «Lo que hemos aprendido en más de dos años de revolución cultural proletaria es que al luchar contra la 'derecha' hemos de precavernos contra la 'izquierda', y que al luchar contra la 'iz-

quierda' hemos de precavernos contra la 'derecha'. En la actualidad, nuestra tarea principal es luchar contra la 'derecha', pero hemos de permanecer alerta contra las injerencias de la 'izquierda'. Del aspecto que presentan actualmente las cosas [se deduce] que no basta la mera vigilancia, porque la fuerza de la 'ultraizquierda' ha ganado ascendiente. Mientras luchamos con la 'derecha' hemos de rechazar enérgicamente la fuerza de la 'ultraizquierda' y quitar todos los obstáculos de la 'derecha' y de la 'ultraizquierda'».

No está mal. Mao, en diciembre de 1936, había dicho: «Lo que necesitamos es un estado de la mente entusiasta, pero calmo, y un trabajo intenso, pero ordenado». Pero entonces Mao estaba en las montañas; ahora reina en Pekín, y anula a muchos que estuvieron con él en las montañas.

El Ejército, árbitro supremo.

A pesar de las apariencias, nunca se perdió el rumbo de la situación. El Ejército vio reforzada su posición, controlando a distancia, y a veces en la calle, las aventuras de los Guardias Rojos, aunque oficialmente con el más ilógico de sus *roles*, cual es el de promover la revuelta. *Evitó que el caos se desorganizara*. No intervino, en cambio, en la pugna que se desarrollaba en la cumbre del Partido. Los jefes regionales han cobrado más autoridad y más autonomía. En resumen, el Ejército se ha afirmado como argumento supremo.

Las fuerzas armadas siempre han sido tratadas con mimo por Mao, que las ha hecho verdaderamente *populares* y no sólo emanadas del pueblo. Pero Mao tiene formulada una vieja precisión al respecto: «El poder político surge del cañón de un fusil. Nuestro principio es que el Partido mande al fusil, y que al fusil nunca se le permita mandar al Partido». Para Mao, el Ejército es el depositario del *ethos* de lucha y disciplina, pero también de iniciativa. En febrero de 1964, el líder chino había desencadenado una campaña con futuro: «Aprended del Ejército de Liberación Popular».

La ascensión en público de Lin Piao, ministro de Defensa desde 1959, no fue por casualidad. Las *Citas* de Mao fueron publicadas por el Departamento Político del Ejército, en mayo de 1964. En la edición masiva, pero reformada, de esta *Biblia de los Guardias Rojos*, el prefacio está datado el 1 de agosto de 1965, aniversario del día del Ejército.

En otoño de 1968 toda China estaba bajo el control de los «Comités revolucionarios», que habían comenzado a implantarse a principios del año anterior. El Ejército es el ingrediente esencial de esos Comités, con lo cual ha consagrado su preponderancia. Es muy probable que sea ésta la consecuencia más importante de la Revolución Cultural.

El IX Congreso del Partido Comunista chino, celebrado en abril pasado (según su constitución, debía haberse celebrado todo lo más tarde en 1961, pues corresponde cada cinco años), ha confirmado esto. De los 179 miembros del Politburó, más de un tercio son militares (contra sólo el 20 por 100 en el VIII Congreso), y de los 13 comandantes de regiones, 11 forman parte de él.

El IX Congreso ha confirmado la nueva estructura del poder real. Si la Revolución Cultural ha terminado nominalmente, según Lin Piao debe proseguirse con la fase «lucha-crítica-transformación». Mas lo cierto es que millones de jóvenes «rebeldes-revolucionarios» han sido enviados al campo, forzosamente, en vez de reintegrarse a sus viejos quehaceres o de instalarse en la burocracia, muchos de cuyos cuadros despedidos o depurados están siendo «rehabilitados». Los Guardias Rojos han cumplido como buenos actores el papel que se les adjudicó en el mayor espectáculo del siglo XX.

Mao, entre lo imaginario y lo concreto.

En opinión de Stuart R. Schram, Mao «ha hecho muy poco para mostrar el camino de una sociedad libre y espontánea fundada simplemente en la búsqueda del interés individual. Las pretensiones morales de la Revolución Cultural están viciadas en gran medida por la crudeza y mediocridad de los *slogans*, el nacionalismo estrecho y primitivo que inspira todo el movimiento y la predisposición a contar con el control militar sin disfraz alguno, con objeto de mantener su propio poder. En este sentido, él es realmente absoluto, y los últimos dos años no han hecho nada para acrecentar lo esencial de su estatura histórica».

El culto a la personalidad que se ha procurado Mao ha sobrepasado con creces al de Stalin. El librito rojo que contiene la esencia de su pensamiento se ha convertido «en una especie de Corán marxista dotado de virtudes mágicas». «El fetichismo del líder va mano a mano con el fetichismo de sus obras». Ya un editorial del *Diario de Pekín* no se recataba de arrojar incienso de este tipo en marzo de 1964: «La luna sin el sol no da luz; tierras,

arrozales, sin agua de lluvia se secan; sin el estudio del pensamiento de Mao Tse Tung, incluso con tus ojos abiertos, perderás la dirección». ¡Y pensar que Mao prohibió en otros tiempos el bautizo de plazas y calles con nombres de dirigentes del Partido y que se celebrasen sus cumpleaños!

El *Libro Rojo* sería el equivalente de la piedra filosofal ante cualquier problema, por insuperable que parezca. «Mao ha luchado toda su vida contra la superstición de la vieja sociedad; ahora está comprometido en imponer nuevas supersticiones». En 1944 estaba lejos de la presente infalibilidad: «Si tenemos fallos, no tenemos miedo de que nos los señalen y critiquen, porque servimos al pueblo». ¿Quién se atrevería a criticar a un guardia rojo semiimberbe?

Cuando Mao se enfrentó a Kruschev, se consideraba ya con derecho exclusivo a tomar el relevo de Marx-Engels, Lenin y Stalin, cuya «enseñanza es inmutable». Pero Mao está vivo «y, como un profeta vivo, todavía puede expresar nuevas verdades» (C. P. Fitzgerald). Sólo él puede «enriquecer el tesoro marxista-leninista». La progresiva derivación de una ideología en una teología, y, lo que es peor, en una teología dogmática, hace inevitables ciertas conclusiones. Así, como dice el último autor, «lo que la Revolución de Octubre—comienzo de la redención mundial—es a Rusia, es el nacimiento de Cristo a la Cristiandad. Rusia así es Tierra Santa, y la sociedad sin clases, el futuro paraíso. Sólo en la comunidad comunista, la de los verdaderos creyentes, hay salvación. Más allá, el mundo de infieles». «Revelación y obediencia» lo es todo. Admitido Mao como infalible, cualquier cosa que pueda decir o hacer lleva el sello de la ortodoxia; sólo él puede engrosar el cuerpo doctrinal de la Tradición.

Pero no nos engañemos. La realidad china está ahí y no se encuentra manejada por aprendices. Mao también es una «combinación de Lenin y Garibaldi—una extraña mezcla de líder llameante y técnico del poder—, del mismo modo que la China del siglo XX es una extraña mezcla del Renacimiento y la era de la automatización» (Schram). Su gran logro ha sido combinar la revolución leninista con la tradición de las revueltas campesinas chinas y movilizar las masas en nombre de la solidaridad de clases contra los terratenientes, como las movilizó contra los japoneses en nombre de la solidaridad nacional, lo que muestra en qué grado puede—o pudo—ser flexible.

Pero el dogma destilado en los últimos años ha transformado el genio en «una especie de letanía revolucionaria a la gloria de Mao y del pueblo chino».

En nombre de las fuerzas «objetivas», subyacentes, constantes, Mao ha impuesto un intensísimo subjetivismo a la escena china, configurándola más que en la pura superficie. Así, ese gran plasmador de marxismo ha sido igualmente su gran desviador, rectificador y condicionador. Como Lenin o Stalin, Hitler o Napoleón, ha desviado el curso de la Historia, mal que le pese a Marx.

Enrica Colloti Pische, que luego se convertiría en una entusiasta de la Revolución Cultural (incomprensiblemente, dadas las palabras que siguen), escribía en 1962: «En una sociedad influenciada por meros factores humanos, sobre todo por la acción de factores voluntaristas y morales, las 'simplificaciones' de Mao pierden parte de su efectividad y pueden muy fácilmente convertirse en la fuente de repetición mecánica y dogmática, y escapar de los problemas concretos y específicos planteados por el mundo moderno».

¿Maoísmo sin Mao?

«¿Es Lin quien gobierna en China verdaderamente y es Mao sencillamente un conveniente agente legitimador? ¿Ha sido la Revolución Cultural sencillamente una complicada forma de golpe de Estado militar?», se preguntaba hace unos meses un gran especialista del comunismo chino. Otro autor, Loren Fessler, ponía de relieve hace dos años que «las fuerzas cohesivas pueden disolverse rápidamente, luego que desaparezca el Emperador Mao y palidezca su carisma».

En efecto, Lin Piao, consagrado definitivamente como sucesor de Mao, tiene sesenta y dos años y lleva bastantes tuberculoso. Está por ver si no encontrará cierta resistencia en los altos jefes militares y otros sectores del Partido. Chu En Lai, primer ministro, el gran moderador *dentro* de las grandes sacudidas, es posible que muestre ser la clave de la bóveda (¿no lo vendrá siendo ya?) en el futuro. A pesar de las simplificaciones últimas, el edificio chino tiene unas estructuras más complicadas de lo que se supone. Lin Piao tampoco es un simple eco de los deseos de Mao. Chu prefiere Mao a Lin como persona, pero valora más a Lin que a Mao por su sentido pragmático. «Le trône de Russie n'est ni héréditaire ni électif, c'est occupatif», observó un diplomático francés en dicho país en el siglo XVIII. ¿Qué impide que no ocurra algo parecido a lo de la Rusia posestalinista en la China pos-

maoísta? ¿Han sido suficientes las precauciones tomadas por Mao? ¿No reemergerán las fuerzas «objetivas» tanto tiempo en inmersión?

El liderazgo comunista está compuesto de residuos de la «Larga Marcha» de los años treinta. La «Larga Marcha», como todas las cosas que se alargan demasiado, se ha convertido en un gran mito. En los setenta, sangre nueva se introducirá decididamente en el Partido con nuevas actitudes. Parece inevitable cierta «dosis de revisionismo» cuando Mao desaparezca. La influencia del gran líder chino será más global que plasmación de sus últimos estertores. Los acontecimientos de los últimos años probablemente podrán interpretarse *simultáneamente* como el apasionamiento de un *anciano* que quiere condicionar y atar el futuro antes de irse y las maniobras de los que deja para asegurarse la sucesión.

Schram subrayó hace un par de años que «lo único que puede decirse con certeza acerca del futuro de la China de Mao es que casi todo es posible». Uno diría que lo único *imposible* es que vuelvan los nacionalistas del Kuo-mintang. El haz de posibilidades que el futuro ofrece es amplio. Incluso alguien ha dicho que «el siglo XIX fue inglés, el siglo XX es americano, el siglo XXI será chino; no ha habido siglo soviético» (?). A. J. P. Taylor, un agudo y penetrante historiador británico, dice que la revolución comunista china podría mostrarse incluso más decisiva que la bolchevique, de convertirse China en una gran potencia. «Desde luego—agrega—, esto puede que resulte no haber sido un momento decisivo [de nuestro siglo] en absoluto, pero podría ser el más decisivo de todos ellos».

Sea como fuere, con el tiempo, esa cuarta parte de la humanidad que es China tendrá que entrar en la cuenta de que existen otras tres cuartas partes. Como dice el profesor C. P. Fitzgerald, «cuando para las últimas generaciones la esperanza del comunismo mundial ya no sea más real de lo que el milenario se ha convertido para el cristiano, la aguda hostilidad hacia la parte no regenerada del mundo también se esfumará (...). El futuro del comunismo chino, asegurado de la estabilidad de su propio sistema y ya no alucinado por la creencia de que está a punto de ser aceptado por otros, estará listo para comprender y practicar la tolerancia».

TOMÁS MESTRE